

Permanecer en Cristo

Somos el Pueblo de la Pascua

A menudo oímos decir que los cristianos somos "el pueblo de la Pascua". Esto es muy cierto. Sin embargo, ¿qué significa? Supongo que podría significar muchas cosas, todas las cuales están arraigadas en la Resurrección de Cristo, su triunfante victoria sobre el pecado y la muerte.

Con mayor importancia, quiere decir que nuestra fe no es en vano: "Pero si Cristo no fue resucitado, nuestra predicación ya no contiene nada ni queda nada de lo que creen ustedes" (Cor.15:14). En nuestro bautismo, pasamos a ser uno con Cristo Resucitado conforme recibimos la promesa de vida eterna, las primeras etapas de la cual celebramos como miembros de la Iglesia, una con Dios Padre y los unos con los otros como el Cuerpo de Cristo. Se deduce, entonces, que un aspecto muy importante de esta fe es la unidad. A través de su Pasión y de su Resurrección, Jesús conquista aquellas cosas que nos dividen: el pecado y la muerte. Cristo nos une a él y, como hermanos en Cristo, pasamos a ser uno con los demás. La Pascua es un llamado a la unidad: la unidad con nuestro Dios y con los demás.

El Evangelio de Juan nos deja entrever los sentimientos de Cristo, quien con tanto fervor oró por la unidad: "Esa Gloria que me diste, se la di a ellos, para que sean uno como tú y yo somos uno..." (Juan 17:22). Esta unidad es algo que Cristo siente con gran vehemencia. No se trata de un toque final ni de un objetivo agradable entre tantos otros. Es esencial para ser cristiano y es el fruto de la Resurrección.



Arzobispo John C. Wester

Nuestro Señor seguramente tuvo muchos momentos de tristeza al percatarse de la desunión que había a su alrededor: los romanos ocupaban su tierra, los líderes religiosos se peleaban por una serie de asuntos y existían rivalidades entre grupos de personas, como la que había, por ejemplo, entre los judíos y los samaritanos. Sin embargo, el más doloroso de todos debe haber sido cuando palpó las tensiones y divisiones que había entre sus propios seguidores.

Se nos hace evidente la verdadera discordia existente en las opiniones políticas de los apóstoles de Cristo y en la comprensión que ellos tenían de su mensaje. Estaban celosos los unos de los otros y entre ellos había rivalidad por cuestiones de poca importancia. No es de extrañarse que Jesús rezara con tanto fervor justo antes de su pasión. ¿Somos nosotros de alguna manera mejores? Examinemos todo lo que nos divide en nuestra iglesia y en nuestro país.

Vemos lamentables divisiones entre conservadores y liberales, aquellos que consideran que el Vaticano II principalmente abrió ventanas y otros que lo ven más bien como un retorno a los orígenes (actualización en lugar de regresar a la fuente). Hay quienes enarbolan la bandera del papa Benedicto XVI y hay otros que son partidarios del papa Francisco. Estas divisiones, y tantas otras, son reflejo de las divisiones que hay actualmente en nuestro país, mientras debatimos asuntos como pro-vida, seguridad en el uso de armas de fuego, inmigración y cambio climático. Pese a todas estas divisiones, nunca debemos olvidar el desafío que nos plantea el Evangelio y el mensaje de la Resurrección: somos uno en Cristo. Podemos tener y tendremos desacuerdos, pero nunca debemos

olvidar la oración de Cristo de que seamos uno. ¿Cómo se logra esto?

Mantenernos unidos es una ardua tarea. ¿Cómo podemos mantenernos unidos con la persona con quien estamos debatiendo, especialmente si el debate se centra en un punto que defendemos ardientemente? Aunque abundan las respuestas a la pregunta, yo sugeriría tres ideas.

Primero, es primordial prestar atención. He notado que cuando estoy conversando animadamente con alguien (en otras palabras, discutiendo) no siempre presto atención atentamente a lo que la otra persona está diciendo. Más bien, espero que la persona haga una pausa para respirar de modo que yo pueda contraatacar. La unión depende de escuchar genuinamente, con atención y cuidado, escuchar tratando de oír no solamente las palabras sino también cuanto encierra lo que esa persona está diciendo: la convicción, la emoción y la verdad. También se hace necesario escuchar con la idea de que se está aprendiendo algo. Esto me lleva al segundo punto: la humildad. La unidad depende de la virtud de la humildad y es fomentada por ella. Si pienso que tengo la respuesta ideal para todo, que no tengo nada que aprender o que mi opinión es la única posible, entonces la discusión, sin duda, será más divisiva que unificadora. Más y más he tratado de decirle a una persona con quien estoy en desacuerdo: "Tal vez usted tenga razón". Eso ha ocasionado que la persona se detuviera en seco y me diera indicación de que yo debería ser un poco más humilde con respecto a mi postura. Finalmente, el perdón es esencial para lograr unidad. Cuando estamos en medio de un desacuerdo, especialmente en el momento más acalorado de la discusión, sin duda acabaremos por ofendernos mutuamente. Es esencial perdonar y pedir perdón. Esto señala que, a pesar

de nuestro desacuerdo en torno al punto en discusión, nos damos cuenta de que no vale la pena poner en peligro nuestra relación.

Las tres ideas: escuchar, la humildad y el perdón, están reflejadas en la Pasión del Señor, la cual acabamos de conmemorar y de celebrar litúrgicamente durante la Semana Santa. Jesús escuchó atentamente a su padre en el huerto de Getsemaní. Aceptó su cruz con humildad y perdonó a sus verdugos. Jesús nos enseñó el camino hacia la unidad, la cual se hizo posible gracias a su Resurrección de entre los muertos.

La unidad, la verdadera unidad, nunca se logra por medios mundanos: poder, dinero, violencia y triquiñuelas políticas. Más bien, se obtiene cuando permitimos que la luz del Evangelio y de la Resurrección de Cristo brille intensamente sobre las lamentables divisiones que aquejan a nuestra Iglesia, a nuestro país y a nuestro mundo. Somos un pueblo de la Pascua, Aleluya es nuestra canción. Esto significa que debemos tratar de alcanzar la unidad en todo momento. No hay por qué ponerla en segundo plano con relación a otros asuntos importantes de la vida actual. La unidad es lo más importante, es la oración ferviente e íntima de nuestro Salvador y lo que pide el Evangelio. Que esta Pascua les traiga muchas bendiciones a usted y a sus seres queridos, especialmente el don de la unidad.

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Reverendísimo John C. Wester

*Traducción voluntaria de:
Anelle Lobos*

Su misericordia
perdura para siempre

